

A. C. N. DE P.



BOLETIN INFORMATIVO

- N° 5 - 1.978 (XXII)

DECLARACION DEL CONSEJO NACIONAL DE LA ASOCIACION CATOLICA DE PROPAGANDISTAS SOBRE EL REFERENDUM CONSTITUCIONAL

Próximo a celebrarse el referéndum popular sobre el proyecto de Constitución elaborado por las Cortes, el Consejo Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas, fiel a su constante inquietud por cuanto se relaciona con la vida pública, cree conveniente manifestar su postura respecto a aquél, dada su importancia en nuestra futura vida de convivencia como españoles.

- 1° Hacemos nuestro, como católicos, el contenido de la nota que la Comisión Permanente del Episcopado Español facilitó al término de su última reunión y creemos, con ella, que desde un punto de vista moral no se dan motivos determinantes para indicar o prohibir una forma de voto determinada.
- 2° Puesto que en el próximo referéndum se nos pide un voto en bloque sobre una pluralidad de artículos muy diferentes entre sí, tal voto deberá ir precedido de un juicio, igualmente en bloque, sobre el texto constitucional. Creemos, por tanto, imprescindible una seria reflexión sobre el sentido del propio voto, teniendo en cuenta que las dificultades que puedan presentar determinados artículos no implican necesariamente una postura de rechazo total del texto que se nos presenta.
- 3° Debemos tener en cuenta los condicionamientos de nuestra actual coyuntura política, en la que los diversos grupos políticos en presencia, con opciones ideológicas muy diferentes entre sí, y aun encontradas, han debido realizar concesiones mutuas en sus aspiraciones constitucionales para lograr un texto que pueda ser considerado como instrumento válido de nuestra convivencia futura.
- 4° Es necesario examinar con realismo político las consecuencias políticas que se derivarían de una votación mayoritaria adversa al texto -- constitucional, habida cuenta la casi imposibilidad práctica de lograr un texto diferente del actual, dada la correlación de fuerzas políticas existentes en nuestro país.
- 5° Afirmamos la existencia, no sólo de un derecho, sino también de un deber de votar de todos los ciudadanos condenando con toda energía la abstención cuando nace de la pereza o de la despreocupación. Dados -- los valores en juego de esta consulta popular, creemos que no cabe la abstención sin un análisis previo muy riguroso de esta postura.



A.C.N. DE P.

BOLETIN

INFORMATIVO

II EPOCA * N° 5 - 1.978 - (XXII)

Director:

Juan L. de Simón Tobalina

Redacción: A.C.N. de P.

Isaac Peral, 58
Telf.: 253.72.17
MADRID - 3 -

Imprime:

A.C.N. de P.

Depósito Legal: M.244-1.958

SUMARIO

	<u>Pags.</u>
TEMAS PARA MEDITAR:	
- Misioneros incansables del Evangelio...	149
ENCUESTA DE "YA":	
- Contestación del Presidente de A.C.deP.	151
ADHESION A JUAN PABLO II	152
PROPAGANDISTAS ESCRIBEN:	
- Pablo VI, la voz amiga	153
- Un Papa en la tempestad	154
- Pablo VI: una línea de equilibrio.. ...	154
- Intérprete del Vaticano II	154
- El Papa de los gitanos	155
- Sede Vacante	156
- El Papa vive	157
- Consejo episcopal de Madrid	157
- Carta al Papa muerto	158
DE LA PRENSA:	
- Un milagro moral	158
- Primer mensaje de Juan Pablo II	159
- Yo lo esperaba	161
- Juan Pablo II desde esta ladera	162
- Juan Pablo II (editorial de "YA")... ..	162
SEMANA TEOLOGICA:	
- Influjo de los cristianos en una socie- dad democrática	163
REFLEXION SOBRE UN TEXTO EVANGELICO	176
LEIDO PARA VOSOTROS:	
- Reseña de 4 libros de la BAC... ..	177
VIDA ASOCIATIVA	180

NUESTRA PORTADA:

El Papa Juan Pablo II

TEMAS PARA MEDITAR

MISIONEROS INCANSABLES DEL EVANGELIO

"Si todos los hijos de la Iglesia se transforman en misioneros incansables del Evangelio, brotará una nueva floración de santidad y de renovación en este mundo sediento de amor y de verdad"

Esta frase resume la herencia doctrinal que, en su rápido paso por la cátedra de Pedro, nos legó el Papa Juan Pablo I cuya muerte, cuando aún llorábamos la de Pablo VI, ha conmocionado a toda la cristiandad.

Dios nos lo arrebató cuando suscitaba la ilusión del Pueblo de Dios. La explicación la ha dado inmediatamente el Rey Balduino de los belgas: "Los caminos de Dios no son los caminos de los hombres". Ante el misterio de la voluntad del Señor no hay más que la aceptación incondicional y esperanzada. He aquí que en el momento en que escribíamos estas líneas tenemos nuevo Papa: el cardenal - Karol Wojtyla, que ha elegido el nombre de Juan Pablo II. A Juan Pablo I sucede, pues, Juan Pablo II. Hay una perfecta continuidad. En su mensaje programático dirigido en la Capilla Sixtina al Colegio Cardenalicio y a la Iglesia entera, el nuevo Pontífice romano ha declarado que no podemos olvidar las palabras de Juan Pablo I en su alocución inaugural, "por la frescura de los recuerdos que todos conservamos y por las sabias indicaciones que contenía". "Por las circunstancias en que fue pronunciada, esta alocución nos parece absolutamente válida al comienzo de este nuevo pontificado, que nos compromete de forma directa y desde ahora ineludible frente a Dios y a la Iglesia".

El Papa Juan Pablo II ha explicitado, a continuación, las "líneas directrices de principal importancia" de su pontificado, a saber: realización plena del Concilio Vaticano II aceptando "el compromiso formal de llevarlo cuidadosamente a la práctica", colegialidad episcopal como "adecuado desarrollo de algunos organismos en parte nuevos y en parte puestos al día que puedan garantizar una más perfecta unión de los espíritus, de las intenciones, de las iniciativas en la tarea de edificar el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia", fidelidad doctrinal que significa respeto por las normas litúrgicas y excluye, pues, las innovaciones incontroladas y el rechazo obstinado de lo que ha sido legítimamente previsto e introducido en los ritos sagrados, avance en el ecumenismo para que no continúe "como motivo de perplejidad e incluso de escándalo el drama de la división entre los cristianos".

Ante el nuevo pontificado, ¿qué actitud debemos tomar los propagandistas? Ante todo procurar que nuestro corazón sienta al unísono con el del Papa. Estu-

diar a fondo sus enseñanzas. Imitar su ejemplo. Ser más humildes que nunca. En tregarnos al servicio del pueblo con más intensidad que en el pasado. Ayudar - al pueblo español a resolver sus problemas más acuciantes al margen de preocupaciones partidistas: el desempleo en contradicción con un delirante pluriempleo, principalmente por parte de los funcionarios mejor pagados, la falta de vivienda decorosa de muchas familias humildes, las desigualdades "irritantes", para emplear un calificativo de la Populorum Progressio tan silenciada por los católicos españoles, etc., etc.

Es, más que nunca, la hora de la verdad. Juan Pablo I nos convocó a todos los fieles desde su primer mensaje al mundo a una gran cruzada, Juan Pablo II ha reiterado esa llamada. Cruzada de amor, de sacrificio, no de luchas "contra los infieles", no de condenaciones, no de triunfalismos. "El Evangelio llama a todos sus hijos a poner las propias fuerzas y la vida misma, al servicio de los hermanos en nombre de la caridad de Cristo".

Quienes nos llamamos propagandistas católicos tenemos especial deber de atender esta llamada grave y urgente. Grave porque la humanidad atraviesa la crisis más preocupante desde la aparición del cristianismo. Nunca ha habido en el mundo occidental una tan tremenda descristianización como la actual. El materialismo, el hedonismo, el afán de riquezas y goces, la pornografía enmascarada de erotismo apartan al hombre de Dios y le impiden realizar el Evangelio - de Cristo. Urgente porque el enemigo no descansa en su labor destructora y arranca cada día adeptos de las filas hasta ahora cristianas. No podemos demorar nuestra acción que "al acercarnos a los candentes problemas de los hombres y los pueblos, se determinará únicamente por motivos religiosos y morales". (Juan Pablo II)

La A.C. de P. no puede limitarse ni se ha limitado nunca a colaborar con la Jerarquía en la predicación del Evangelio, ni puede encerrarse en la labor -necesaria, imprescindible- de llevar a la Sociedad el manjar diario continuamente renovado y puesto al día de la doctrina de la Iglesia. Debe, ante todo, a la Sociedad el testimonio de una conducta que refleje su fe y sus convicciones. Son cada día más urgentes las obras abnegadas, sacrificadas, al servicio del hombre. Sólo con una congruencia perfecta entre nuestra fe y nuestra conducta podremos transformarnos en "misioneros incansables del Evangelio". No podemos desatender la llamada del Romano Pontífice. Para los propagandistas, de una manera especial, ha llegado la hora de la verdad que es tanto como decir la hora de la entrega al prójimo y del sacrificio por amor a Dios.

J. L. de S. T.

..***.***.***

DON ABELARDO ALGORA, PRESIDENTE DE LA A.C. DE P. CONTESTA

A UNA ENCUESTA DE "YA".

Por su parte, don Abelardo Algora, presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, contesta así:

Al ser preguntado sobre los problemas de la Iglesia con los que se va a encontrar el nuevo Papa, podría adoptar la postura de ir enumerando los que apuntó el Concilio o los recogidos en las encíclicas. Pero si la Iglesia quiere hacer frente a ellos, tendrá que resolver, previamente, la apremiante necesidad de su democratización y la consiguiente participación de los seglares.

Es cierto que se avanzó bastante, pero el problema sigue vivo y exige urgencia en su remedio, si queremos que las nuevas generaciones tomen parte activa en la evangelización. Hoy día, el seglar es un observador, un invitado o componente de los coros que actúan al fondo del telón. La Iglesia, en su dirección, sigue siendo mandada por los clérigos. Y la realidad de los tiempos nos dice que si la Iglesia desea ser servidora tendrá que ir adaptándose, como institución humana, a las exigencias de los signos.

Los seglares han dado muestras de ser adultos y piden un puesto en el pueblo de Dios. Porque hay que confesar que se sienten solos y aislados en el conjunto de la acción apostólica. El enorme bache que existe entre la jerarquía, clero y seglares, aún reconociendo que existen importantes peculiaridades entre ellos, debe ser inmediatamente salvado.

Hay que buscar un pie de cierta igualdad, y en muchos casos preminencia del seglar. Porque el seglar ayudará a que la Iglesia fije su papel en el mundo, como signo y sacramento de salvación; como anuncio de la buena nueva a todos los hombres sin distinción, porque todos pueden ser salvos. Y le permitirá un mejor acercamiento al hombre, tanto en el conocimiento como en la defensa de sus valores sociales, políticos y culturales, etc., muchos de los cuales han sido bien aprovechados por ideologías ajenas. Y llegar hasta la cultura de la que le separan siglos de distancia. Y podrá pedir a sus fieles que adquieran el conocimiento de transformación del mundo que la palabra evangélica nos inquiera y que no sabemos o no queremos entender.

Solamente si la Iglesia se hace humilde, y llega sinceramente a los hombres, por medio del hombre, podrá evangelizarlos. Y el laico hoy día pide participación e igualdad en la medida de lo posible y realizable.

Recientemente he asistido a una reunión europea de laicos. Mi sorpresa fue grande cuando comprobé a la hora del Santo Sacrificio de la Misa que una gran mayoría de asistentes eran sacerdotes. El pastoreo sigue en su papel conductor y dirigente y raramente se termina por darle al seglar su papel.

PABLO VI, LA VOZ AMIGA

TENIA que ser así: rápidamente, en silencio y casi por sorpresa, como para no turbar el descanso de los nombres, de todos los hombres, a quienes él llevaba en su corazón presentes.

Amó la naturaleza, y por eso las últimas imágenes que sus ojos contemplaron han sido árboles de Castelgandolfo y los pequeños lagos entre las colinas circundantes. Amó la vida, y por eso sus palabras más recientes han vuelto a ser una defensa de la vida contra las violencias de toda índole. Amó la libertad, la auténtica libertad humana, y por eso luchó sin descanso para que cesaran las opresiones y torturas de los gobiernos y las violencias de los secuestradores. Amó la justicia, y por eso propugnó—en encíclicas y mensajes, en palabras y en gestos—la urgencia de transformaciones socio-económicas y políticas, necesarias para la igualdad y la solidaridad dentro de cada país y en la comunidad de todos los pueblos.

AMO la paz apasionadamente hasta su último aliento, con la cabeza y el corazón comunicantes, y por eso oró, escribió, predicó, asumió sacrificios, viajó hacia Oriente y hacia Occidente mientras su cuerpo le sostuvo, peregrino infatigable de la comprensión y de la concordia, para que toda la humanidad tomase conciencia de que más allá de las fronteras, de las razas, de las lenguas y los colores, de las ideologías y de las religiones, de los hábitos ancestrales y de los odios milenarios son posibles y hermosas la amistad civil y la paz universal. Todo ello queda para siempre como el legado esencial de Pablo VI, y ninguna crítica de recta voluntad será capaz de negarlo.

¿Quién no tendría que arrancarse la viga del ojo propio antes de buscar motas en los ojos limpios y profundos de Juan Bautista Montini?

CON el corazón apretado, no pretendo en estas breves palabras intentar una apología de su vida y de su obra, que ni él necesita ni le agradaría en estos instantes, sino simplemente dar testimonio de que así le recordaremos siempre quienes tuvimos la suerte de conocerle de cerca y de mantener contactos con él a lo largo de cuatro decenios. Su voz suave y honda, la voz que oí por primera vez una mañana del otoño de 1949 en una sencilla iglesia de Roma, entre jóvenes universitarios como Aldo Moro, Vittorino Veronesse y tantos otros; aquella voz inconfundible que nos hablaba de una Iglesia renaciente, personal y comunitaria, espiritual y encarnada en el mundo, hecha de la Palabra del Señor y de la respuesta de los hombres, portadora de paz y de esperanza para una humanidad ya embarrada en la cruenta aventura de la segunda guerra mundial; la voz amiga que hemos seguido oyendo sin interrupción, firmemente, en medio de los dolores y de las alegrías en los tiempos sucesivos. Esa voz de Pablo VI, que hizo el milagro de conjugar las voces distintas, pero tan sustancialmente convergentes, de Pio XII y de Juan XXIII sin perder su acento, enérgica paso a paso y abierta cada vez más al diálogo con todos los hombres. Una voz que pidió libertad para todos, igualdad creciente, justicia y cooperación en el seno de cada pueblo y en el orden internacional; una voz que denunció las injusticias, condenó las violencias, ofreció horizontes de paz. Admirable voz, voz amiga, que nos impulsa desde lo más hondo a seguir asumiéndola, haciéndola nuestra, llevándola a la realidad, cuando ya sus palabras se han apagado para siempre en el cálido atardecer de sus amados campos de Roma.

Joaquín RUIZ-GIMENEZ

Palamós, 7 de agosto de 1978.

UN PAPA EN LA TEMPESTAD

EL pontificado de Pablo VI, quince años cruciales desde el Concilio Vaticano II, ha coincidido con una época de tempestad para la nave de la Iglesia, sacudida en sus cuadernas más profundas no ya por una persecución exterior, sino por esa crisis interna, de reforma y de esperanza, que su glorioso predecesor Juan XXIII calificó de "aggiornamento", es decir, de puesta al día.

EL conato del reino de Dios sobre la tierra, que eso es lo que la Iglesia significa, no puede desarrollarse sin la continua oposición del enemigo, ese espíritu del mal del que Pablo VI tenía viva conciencia, y sin los errores y los pecados de los hombres, nacidos de nuestra misma naturaleza decaída. De aquí que la conversión sea necesaria cotidianamente para cada uno de nosotros y que el cuerpo místico de Cristo sufra violencia para su propia regeneración.

EN estos últimos años, quienes queremos ser cristianos, tanto las ovejas como los pastores, estamos sufriendo duramente una doble crisis, en la fe y en la disciplina; manifestada en desviaciones doctrinales tan graves o más que la reforma protestante y en rebeliones internas verdaderamente cismáticas. Pablo VI ha vivido esta realidad con agudísima inteligencia, ar-

diente fe y amor fraterno, procurando conservar intacto el depósito de la fe y de las costumbres—recuérdense su Credo del Pueblo de Dios y todos sus documentos magisteriales—, y esforzándose al mismo tiempo en procurar la unión entre los cristianos separados y entre todos los hombres de buena voluntad. Nunca se había visto un Papa tan presente, y tan sufriente, en todos los problemas y en toda la Tierra; en las cuestiones teológicas, morales y litúrgicas lo mismo que en los temas sociales, políticos y económicos; en las Naciones Unidas y en la Iglesia del silencio, en el Asia próxima y lejana y en América. Entregado a su inmensa tarea, llevada hasta el martirio por su precaria salud y su delicadísima sensibilidad, Pablo VI ha consumido su vida al servicio de los hombres y de Dios.

DIOS le habrá recibido ya en su seno, dándole la recompensa ganada por el "siervo fiel". La historia reconocerá la obra de este gran Papa, una vez que amaine, como tantas otras, la presente tempestad. Personalmente elevo una oración agradecida por su alma y recuerdo con afecto la colaboración que prestó en la curia vaticana para la redacción del Concordato de 1953.

Alberto MARTIN ARTAJO

PABLO VI: UNA LINEA DE EQUILIBRIO

HA muerto el Papa que ha regido la Iglesia católica durante quince años llenos de dificultades y tensiones. El Papa de la mirada penetrante, que no desazonaba; de la palabra precisa, que no distanciaba. El Papa con imagen de intelectual dubitativo y a veces angustiado. El Papa que ha buscado con prudencia y firmeza la línea de equilibrio entre la tradición y el fuerte impulso renovador de la Iglesia.

Quince años de pontificado fecundo, abierto al diálogo y a la comprensión; quince años durante los cuales Pablo VI, perspicaz ante los signos de los tiempos, profundo en su vocación sacerdotal, claro en su sensibilidad apostólica, ha protagonizado, con serenidad y mesura, una honda transformación de la Iglesia católica. Bajo su pontificado hemos sentido los católicos la reconfortante sensación de estar regidos por un Papa rebotante de amor y de fe.

HA sido el Papa del Concilio Vaticano II, puesto que a él ha correspondido la ingente y difícil tarea de poner en ejecución la inspiración profética de su predecesor.

Ha sido el Papa del ecumenismo, no sólo por su diálogo permanente con todos los cristianos, sino también por su apertura a todos los hombres, significada en su presencia y su palabra en diversos foros y países y singularmente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Ha sido el arquetipo del jefe espiritual, del hombre del espíritu que, al tiempo que está con todos, halla en la soledad de la oración la fuerza para su obediencia universal.

NO me corresponde hacer el balance del magisterio pontificio de Pablo VI. Pero si querría decir una palabra sobre su magisterio humano. Para mí lo más admirable de la figura de Pablo VI es su ejemplaridad, patente en tres dimensiones: la fidelidad a su ardua misión de primer testigo de Jesucristo en un mundo en el que se oye "el silencio de Dios" y se habla de su muerte; su serena sintonía con todos los dolores humanos y su entrega permanente y sin reservas al trabajo de cada día.

Landelino LAVILLEA
Ministro de Justicia

Intérprete supremo del Vaticano II

PABLO VI concluyó el Vaticano II y, sobre todo, ha sido el gran intérprete supremo del Vaticano II. El ha sido y ha decidido el genuino postconcilio. Con su fecundo y a veces incomprendido magisterio denunció claramente lo que puede calificarse como anticoncilio y como paraconcilio. El anticoncilio de cuantos pretenden vivir detenidos en el ayer, como estatuas de sal mirando atrás. Y el paraconcilio de tantas corrientes progresistas que, seducidas por las múltiples estancias del momento, han perdido el sentido de la auténtica tradición cristiana. La cristiandad tiene ya contraída con Pablo VI una inmensa deuda de gratitud. Ha sabido conservar el depósito de la fe. Y ha transmitido sin descanso el genuino mensaje del Evangelio. Lo recordaba él personalmente hace unas semanas con conciencia evidente de su próxima arribada a la vida definitiva.

QUISO y supo, llegado el momento, como era su deber, ser fiel a Cristo enfrentándose con presiones y sollicitaciones y desvíos inaceptables. No es el momento de enumerar textos o intervenciones. Sus dos grandes documentos son, a mi juicio, el Credo del Pueblo de Dios—en el campo dogmático de la vida de la fe proclamado con la máxima solemnidad litúrgica. Y la exhortación Evangelii Nuntiandi, documento que bien puede recibir el nombre de testamento pastoral de Pablo VI sobre los fundamentos, vías y modos de la evangelización en nuestro mundo actual, abierto ya a las puertas del siglo XXI.

PERO hay otros documentos en los que puede encontrarse la expresión última del pensamiento pastoral de Pablo VI. Me refiero a los discursos que, en el segundo semestre de 1976, a lo largo de 1977 y en los meses que han transcurrido de 1978 dirigió Pablo VI a los obispos católicos que corporativamente lo visitaban en Roma. Son alocuciones aparentemente fragmentarias, pero vinculadas todas ellas entre sí por una preocupación constante unitaria que les confiere impresionante contextura arquitectónica. Todos los problemas de la Iglesia, sobre todo los más urgentes, los comunes y universales, están allí abordados y están allí tratados conforme a la perspectiva del maestro supremo de la Iglesia católica.

Lástima que apenas hayan tenido estos textos resonancia inmediata. Pero en ellos están las últimas y solemnes advertencias del Papa, que acaba de dejarnos.

José Luis GUTIERREZ GARCIA

El Papa de los Gitanos

Entre tantos hermosos recuerdos y enseñanzas que la muerte de Pablo VI ha renovado en el corazón de los cristianos del universo, una evocación pone en mí especiales resonancias: su afecto hacia el pueblo gitano.

Las primeras muestras de simpatía las exterioriza el arzobispo de Florencia, Montini. Posteriormente, ocupando el solio de Pedro, las aumenta en -- dos ocasiones memorables: una, al visitar el campamento zingaro Pomezia, cerca de Roma, el 26 de octubre de 1965. Pronunció allí una extraordinaria homilía -- dirigida a los "queridos zingaros, queridos nómadas, queridos gitanos reunidos de todas partes de Europa"... "peregrinos perpetuos, exilados voluntarios, caminantes sin reposo, sin casa propia, sin morada fija"... "Estáis en el corazón de la Iglesia, porque sois pobres y estáis necesitados de asistencia, de -- instrucción, de ayuda..." Todo un hermoso poema de amor, comprensión y generosidad en el Vicario de Cristo. Además, tuvo frases de afecto hacia los gitanos españoles y hacia los amados sacerdotes Manjón y Poveda, cordiales saludos a -- los gitanos de lengua alemana y paternales recuerdos para los grupos de Francia. En su propio idioma a cada uno, como en él era costumbre.

El clamor de músicas, danzas y canciones exaltaron la alegría de los -- gitanos. Roma conoció después el mismo espectáculo sorprendente.

En Castelgandolfo, el 28 de julio de 1975, concederá audiencia, dirigiendo a los gitanos entusiasmados nuevas palabras de cariño y paternal afecto, expresando las alegrías íntimas que el Año Santo el buen Dios le hacía probar y "entre las más vivas y características se hallaban las que nos procura este encuentro".

Una tercera expresión de afecto la manifestó Pablo VI al realizar iniciales deseos de Juan XXIII creando las Comisiones Episcopales de Emigración. En la española se integran los Secretariados Diocesanos de Gitanos, impulsores de la integración y del respeto a la cultura gitana.

En los días 7 al 10 del próximo septiembre se celebrará una peregrinación internacional de gitanos. En Sevilla. Tan grandiosa como fueron las de -- Lourdes, el Pilar, Fátima, Altenberg... El pueblo "calé" rendirá, una vez más, según su típica manera de expresión, su acendrado amor a la Marjarí, en la advocación a la Macarena.

Estoy seguro que todos los corazones temblarán de emoción y ternura al recuerdo del buen y querido padre ausente. Y sabrán pedir por el eterno reposo del que conoció tantos caminos y sintió penas y dolores lacerantes en silencio y soledades. Como ellos. Para el pueblo marginado -- bronce, canto y penas-- será siempre muy suyo, "EL PAPA DE LOS GITANOS".

Alfonso INIESTA

*** **

Sede vacante

LA cristiandad vive la espera emocionada de un nuevo vicario de Cristo. El Papa Pablo, apurado el cáliz de su deber como siervo de los siervos del Señor, se nos fue el día de la Transfiguración, cuando el sol se ocultaba y empezaba a anochecer. No faltó a dicha festividad litúrgica su glosa, por desgracia inacabada, escrita desde el lecho de la muerte. Y al expirar en aquella hora incierta de luz y de sombra, quienes le amábamos y cuantos hasta entonces no habían aprendido a amarle—sentimos angustia, pronto transformada en dolor esperanzado. Después, alejados el dolor y la angustia, nuestra alma se ha inundado de esperanza. ¡Qué hermoso es esperar para quien tiene la certidumbre de no quedar defraudado! Vendrá el nuevo Papa que la Iglesia necesita en este momento.

A diferencia del Estado institución humana, aunque su potestad procede de Dios, la Iglesia ha sido fundada directamente por Jesucristo. Parece un poco infantil buscar similitudes entre el gobierno de la Iglesia y del Estado. Uno y otro, sin embargo, encarnan en hombres, y ambos están sujetos a normas jurídicas reguladoras del modo de deferirse, dimanadas igualmente de principios de humana prudencia y perfectibles y adaptables a las enseñanzas de la experiencia. Usemos, sin escrúpulo, un lenguaje político para explicar la transmisión de los poderes eclesiásticos. ¿Es la Iglesia una monarquía? Lo es en el sentido aristotélico y tomista de esta palabra: gobierno de uno. Pero no en el significado moderno de monarquía como institución cuya titularidad se asume por herencia. La sucesión en el trono pontificio se acomoda más bien a trámites electivos semejantes a los establecidos para el acceso a la presidencia de la república cuando

su titular fallece en el ejercicio de su cargo. Al periodo de interinidad de las repúblicas corresponde en la Iglesia el de sede vacante, que permite las cábalas, las predicciones as quinielas.

QUIEN será el nuevo Papa? No es adecuado plantear el dilema entre un Papa conservador o un Papa progresista. Levantemos el vuelo. ¿Será un Papa pastor? ¡Claro! Para eso instituyó Cristo su representante en la tierra. ¡Apacienta mis ovejas! ¿Un Papa reformador? ¡Naturalmente! El cristiano aspira continuamente a su reforma y la de las estructuras en que vive inserto—con el anhelo de ser mejor cada día. ¡Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto! Sólo quien, con orgullo satánico, cree haber alcanzado la perfección reconoce su propia reforma. ¿Un Papa evangelizador? ¡Evidentemente! “¡Ay de mí si no evangelizase!”, dice San Pablo a los infieles. Siempre. Pero ahora los infieles estamos “dentro”. La revolución cultural, social, política ha estallado. También la revolución religiosa, más grave de la historia. Ya no se discuten puntos de fe ni se sientran doctrinas heterodoxas o heréticas. Quebra en extensas multitudes la fe en Dios. Y una tremenda crisis de autoidad afecta a lo religioso como a lo estrictamente humano. ¡Hubo antes exceso de autoritarismo en el hogar familiar, en la organización política y administrativa, en la vida docente, en la jerarquía eclesiástica? Parece incuestionable que sí. Pero la “contestación” ha traspasado todos los límites admisibles. Vivimos la más temible rebeldía nunca conocida. Frente a ella, la evangelización habrá de ser dulce, tuitiva y profundamente sacrificada y testimonial. Propiciará así la unidad de todos los cristianos.

ESFUERZANSE la prensa y todos los medios de comunicación social en averiguar quién será el futuro Papa. El conclave elegirá—insisto—el que necesitamos en este momento histórico. Repasemos sumariamente los cincuenta últimos años. Cuando Mussolini organizaba su régimen totalitario—¡nada fuera del Estado!—, Pío XI opuso energicamente la Acción Católica como organización unitaria de apostolado seglar capaz de salvar la libertad espiritual de los católicos. Pío XII, con su alto prestigio intelectual, iluminó la solución de los más arduos problemas del mundo atormentado de su tiempo. Postuló la seguridad jurídica frente al positivismo fascista, orientó las opciones políticas hacia la democracia, alentó los primeros pasos del proceso de unión europea. Juan XXIII llegó al sonar la hora de la aceleración de la historia. El mundo hubiera caminado apresuradamente sin la luz y el calor de la Iglesia si el buen Papa Juan no hubiera auscultado el corazón de los hombres para acompasar a sus latidos la renovación eclesial. El Concilio fue la inspiración que el Papa Roncalli recibió de Dios. Y Pablo VI, con su sonrisa dolorida, ha dado a la reforma de la Iglesia el ritmo justo, exacto, prudente, para conciliar la innovación necesaria con la conservación del tesoro tradicional irrenunciable.

SEA nuestra espera ilusionada y espiritualmente participante. Hace calor en el “ferragosto” romano. Pero el Espíritu Santo no está nunca ausente.

Juan Luis DE SIMON
TOBALINA

JUAN PABLO HA MUERTO:

EL PAPA VIVE

LA muerte ha vuelto a ofrecer su cara más misteriosa: a un mes de la entronización de Juan Pablo I, apenas encendida en su sonrisa la sonrisa de millones de hombres, la alegría se apaga. Como en un accidente que ensangrienta el viaje de boda, como en un lecho donde la madre está angustiada por la doble agonía de dejar hijos pequeños y de morir en juventud. Dios había ligado misteriosamente la inspiración de un conclave con la previsión de un paro cardíaco: ¿quién es el hombre para hacerle preguntas?

EN este gran hogar católico, alertado por el despertador de la radio mañanera, la incertidumbre de la nueva orientación de la Iglesia renace. La elección de Papa fue rápida porque había un hombre que parecía conciliar alegría vital y reflexión prudente, responder a Juan y a Pablo, ser italiano sin ser pieza del organismo centralizador, ser príncipe de la Iglesia con sangre de obrero. La imantación de los votos y su polarización en torno al cardenal Luciani fueron instantáneas, hasta el punto de hablarse de un "milagro moral". La muerte ha roto el milagro como juguete de niño.

AFORTUNADAMENTE, queda el valor del pasado con clave como "cursillo de cardenales electores". Podría decirse en rigor que el conclave continúa: sus reflexiones, sus contactos entre tendencias y entre países, sus tensiones básicas, las líneas de acuerdo fundamental. Todo ello ha podido completarse con la reacción del mundo ante la elección de Juan Pablo, con la expresión de la opinión pública en los más variados medios de masas y con la actitud ya esbozada de obispos y fieles en el inicio del pontificado. Todos son elementos que enriquecerán a los cardenales otra vez convocados a Roma: el conclave está ya muy avanzado aun antes de comenzar. ¿En quién ha puesto Dios sus ojos para un largo pastoreo de su pueblo?

INEVITABLEMENTE, el pulso de la Iglesia se amortigua: reuniones importantes, como la del Episcopado americano en Puebla o como la de obispos europeos en el Simposio de Roma, entran en la incertidumbre de una sede vacante, a la que se añade la obligada ausencia de los miembros más calificados de los órganos decisorios. El trámite de los asuntos normales en la Curia se detiene y la actividad se amortigua. Que, en compensación, se estimule la intensidad de los sentimientos de adhesión al papado. Porque Juan Pablo I ha muerto, el Papa vive. ¿Quién?

CONSEJO EPISCOPAL

DE MADRID

El testimonio de Juan Pablo I seguirá vivificando a la Iglesia

El arzobispo de Madrid, cardenal Tarancón, y su Consejo episcopal han hecho público el siguiente comunicado ante la muerte del Papa Juan Pablo I:

"Juan Pablo I ha muerto. La sonrisa de sus labios, la sencillez de sus palabras y la humildad de sus gestos habían llenado el mundo de esperanza. Pocas veces hemos sentido vibrar de gozo en la acción visible del Espíritu Santo, hecho Iglesia, como aquella tarde, aún cercana, en la capilla Sixtina, cuando el cardenal Luciani aceptaba el ministerio de Pedro, para el que, con señales sensibles de la providencia de Dios, le había elegido el Colegio Cardenalicio."

"Pero esa misma fe nos recuerda las palabras de San Pablo: "La esperanza no defrauda." Es verdad que los planes de Dios son inexcrutables. Humanamente podemos sentir el desconcierto ante un hecho que nadie podía prever. Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor. En la vida y en la muerte somos del Señor. El pontificado de Juan Pablo I ha sido breve, pero el testimonio de su sonrisa va a seguir fecundando a la Iglesia de Cristo."

"Rogamos a todas las comunidades cristianas de Madrid que se unan con nosotros en la oración y que eleven sufragios especiales estos días por el eterno descanso del Papa difunto."

"Oremos también por la Iglesia, para que confíe en la acción del Espíritu Santo, para que viva en la fe, la esperanza y en la caridad de Cristo del testimonio del pontificado breve y denso del buen Papa Juan Pablo I."

CARTA AL PAPA MUERTO

QUERIDO Papa Juan Pablo:

Dijeron, cuando fuiste elegido sucesor de Pedro, que serías un nuevo Juan, un nuevo Pablo, o una mezcla de los dos. Confieso que pensé más bien serías una nueva edición del Papa Sarto, aquel San Pio X que inauguró lo que podría llamarse la escuela veneciana de los Papas. Pero nos has burlado a todos con tu sentido del humor; te has marchado sin decir nada, sin llamar la atención. Y nos hemos quedado de golpe huérfanos, con una soledad tan profunda como insólita.

He leído detenidamente tus cartas, y he entrevisto en ellas tu alma y la santidad de tu vida. Vivías abierto al mundo de hoy, porque vivías abierto de par en par al alre del amor de Dios y de la entrega a tu Señor Jesús. En tu epistolario tendremos muchos guía segura, consuelo hondo, estímulo actuante para la nueva jornada que tenemos que continuar.

Breve ha sido tu magisterio. Como estrella fugaz en la noche presente. Tu gobierno apenas se ha iniciado. Pero nos queda tu sonrisa, tu calma, tu sentido de lo eterno, intentando salvar cuanto de bueno se torne en la noche de hoy. Te he escrito como escribías tú cuando eras obispo de Vittorio Veneto o patriarca de Venecia. Ayuda desde arriba a tu Iglesia huérfana. Otro vendrá a sucederte, y será, como tú dijiste, el que ponga en sus manos el timón de la barca. Jesús sigue presente sosteniendo la nave de la Iglesia.

Enfáticamente tuyo,

José Luis GUTIERREZ GARCIA

La elección de Juan Pablo I, un milagro moral

El cardenal arzobispo de Madrid, monseñor Tarancón, escribe en "Gaceta Ilustrada":

"Juan Pablo I ha muerto. La sonrisa de sus labios, la sencillez de sus palabras, la humildad de sus gestos habían llenado el mundo de esperanza. Pocas veces hemos sentido vibrar de tanto gozo nuestra fe, en la acción visible del Espíritu Santo en su Iglesia, como aquella tarde, aún cercana, en la Capilla Sixtina, cuando el cardenal Luciani aceptaba el Ministerio de Pedro para el que, con señales sensibles de la Providencia de Dios, le había elegido el Colegio Cardenalicio.

Realmente, nosotros los cardenales, antes de entrar en el conclave, no estábamos muy de acuerdo en la elección respecto a la persona. Había varios que podían ser elegidos, pero no estaba clara la figura del nuevo Papa, incluso se puede decir que al principio del conclave todavía existía un cierto desconcierto. Y cuando todos preveíamos que el conclave se iba a alargar unos cuantos días, no sabemos cómo, lo cierto es que coincidimos en la elección de aquella tarde. Algunos cardenales dijeron: "Esto es un milagro moral." Nosotros vimos clara entonces la inspiración del Espíritu Santo en nuestras personas.

Tengo certeza de que el Espíritu Santo estará también con nosotros en el conclave futuro, aunque quizá no se vea tan claramente su intervención. Sin embargo, yo diría que, dada la responsabilidad que sentimos todos los cardenales, estoy seguro que estaremos a la escucha para atender perfectamente lo que el Espíritu Santo indique. El Espíritu se vale a veces de medios humanos, y otras, de formas que no acabamos de entender. De cualquier manera, siempre dan resultado."

PRIMER MENSAJE DE JUAN PABLO II A LA IGLESIA Y AL MUNDO

El Padre Santo, en la ceremonia de inauguración del Pontificado, celebrada el 17 de octubre, pronunció una interesante homilía ante más de doscientos cincuenta mil fieles que llenaban la plaza de San Pedro.

Juan Pablo II comenzó su homilía comentando la expresión de San Pedro dirigida a Jesús: "Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo", palabras de fe que marcan el comienzo de la misión de Pedro como primer Papa de la Iglesia. Habló de la relación de Pedro con la ciudad de Roma y dijo: "Sí, hermanos e hijos, Roma es la Sede de Pedro. A lo largo de los siglos le han sucedido siempre en esta sede nuevos obispos. Hoy un nuevo obispo sube a la cátedra romana de Pedro, un obispo lleno de temblor, consciente de su indignidad. Y cómo no temblar ante la grandeza de tal llamada y ante la misión universal de esta sede romana.

A la sede de Pedro en Roma sube hoy un obispo que no es romano. Un obispo que es hijo de Polonia. Pero, desde este momento también él es romano. Sí, romano. Incluso porque es hijo de una nación cuya historia desde sus primeros albores y cuyas milenarias tradiciones están -- marcadas por un vínculo vivo, fuerte, jamás interrumpido, sentido y vivido con la sede de Pedro; una nación que ha permanecido siempre fiel a esta sede de Roma. ¡Oh, el designio de la divina providencia es inescrutable!

ABANDONO DE LA TIARA

En los siglos pasados, cuando el sucesor de Pedro tomaba posesión de su sede, se colocaba sobre la cabeza la tiara. El último Papa coronado fue Pablo VI en 1963, el cual, sin embargo, después del solemne rito de la coronación no volvió a usar la tiara, dejando a sus sucesores libertad para decidir al respecto. El Papa Juan Pablo I, cuyo recuerdo es tan vivo en nuestros corazones, no quiso la tiara, y hoy no la quiere su sucesor. No es tiempo, pues, de volver a un rito ni tampoco a lo que ha sido considerado como símbolo de poder temporal de los papas".

Explicó el Santo Padre que la jerarquía de la Iglesia no tiene -- otro sentido que servicio, servicio que tiene un único objetivo, que todo el pueblo de Dios participe en la triple misión de Cristo de ser sacerdote, profeta y rey.

"Hermanos y hermanas --dijo el Papa--, no tengáis miedo de acoger

a Cristo y de aceptar su potestad. Ayudad al Papa y a todos los que -
quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre
y a la humanidad entera. No temáis, abrid más todavía, abrid de par en
par la puertas a Cristo, abrid a su potestad salvadora los confines de
los estados, tanto los sistemas económicos como los políticos, los cam
pos extensos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. No te
máis, Cristo conoce la intimidad del hombre. Sólo El la conoce. Con fre
cuencia el hombre actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de
su ánimo, de su corazón, Muchas veces se siente inseguro sobre el senti
do de su vida en este mundo. Se siente invadido por la duda, que se --
transforma en desesperación, Permitid, pues -os lo ruego, os lo imploro
con humildad y confianza-, permitid que Cristo hable al hombre. Sólo El
tiene palabras de vida eterna".

A LOS POLACOS: "ESTADME CERCANOS".

El Papa dió las gracias a todos los presentes y a cuantos seguían
el acto desde todo el mundo a través de los medios de comunicación, y -
tuvo palabras especialmente emocionantes para los cinco mil polacos pre
sentes en la plaza de San Pedro: "¿Qué diré a vosotros, que habéis veni
do de mi Cracovia, la sede de San Estanislao, de quien he sido indigno
sucesor durante catorce años? ¿Qué os puedo decir? Todo lo que pudiera
deciros sería un pálido reflejo de todo lo que siento en estos momentos
en mi corazón y que sienten vuestros corazones. Dejemos, pues, a un la
do las palabras. Quede sólo un gran silencio ante Dios, el silencio que
se convierte en plegaria. Una cosa os pido: estadme cercanos".

El Santo Padre finalizó su homilía diciendo: "Rogad por mó. Ayu
dadme para que pueda serviros".

(de "YA")

&*&*&*&*&*&*&*&*&

YO LO ESPERABA

¿COMO NO APOSTAR POR LA ESPERANZA?

USTEDES han podido leer ya una biografía completa y muchos datos ilustrativos de la personalidad de Juan Pablo II. Eso me dispensa de contarle y me lleva a centrar mi testimonio en dos experiencias personales y en una reflexión de urgencia, dictado por la emoción del humo blanco, del anuncio del nombre y de la entrañable aparición en el balcón de la basílica.

Conocí al cardenal Karol Wojtyła en la primavera de 1971, durante unas jornadas romanas convocadas por el Concilium de Laicis (Consejo de los Laicos) para reflexionar sobre el diálogo en el seno de la Iglesia. Eramos dos docenas de personas de varios continentes y países: obispos, sacerdotes, seglares de uno y otro sexo. La convivencia fue profundamente familiar en la residencia en que nos hospedábamos, y las sesiones, muy vivas, en el palacio de San Calisto.

Del cardenal de Cracovia poseía yo tan sólo algunas, aunque muy valiosas, referencias: obispo auxiliar de su diócesis nativa, a los treinta y ocho años; arzobispo de la misma, a los cuarenta y cuatro; cardenal, a los cuarenta y siete. Figura destacada en las comisiones conciliares, uno de los redactores de la constitución "Gaudium et Spes". Había oído ponderar su saber teológico, su don de lenguas, su docencia universitaria, su vitalidad pastoral.

¿CON quién me encontré? Con un atleta robusto, un tanto cargado de hombros, pómulos muy pronunciados, color sanguíneo, sonrisa abierta y risa fácil. Se inclinaba para hablar con nosotros; sabía escuchar y se expresaba con gran fuerza comunicativa. Comprobé que los seglares, ellos y ellas, muy avezados a contactos católicos internacionales, le querían extraordinariamente y le trataban como de casa. Me parecía más un párroco de montaña, charlando con campesinos en el cancel de la iglesia, que la imagen de superdotado, intelectual y profesor que yo poseía. Lo que yo le oía todo se situaba en línea con una Iglesia cercana de la cultura y de los hombres de nuestro tiempo, ni encogida ni embobada. Quedé marcado muy favorablemente por la riqueza de su personalidad.

Desde entonces, lei con interés lo que aparecía sobre su persona; le vi incorporado, por elección, a la secretaría del Sínodo de los Obispos, quizá el órgano representativo más interesante del episcopado mundial. Y volví a encontrarle en Roma, en octubre de 1975, en el III Simposio de Obispos Europeos. Para mí fue, sin duda alguna, junto con el arzobispo de Marsella,

Etchegaray, la figura más destacada entre casi doscientos participantes.

WOJTYLA tuvo la lección introductoria, un magistral estudio sobre "El obispo como servidor de la fe: fundamentos teológicos del problema". Conservo el texto y lo tengo ante mis ojos, donde se puede apreciar su buen hacer de pensamiento y de expresión, el tono sapiencial de quien domina un tema hasta sus raíces y lo ha vivido en primera persona, y la formulación nitida de un escritor vigoroso. El enfoque del tema, en línea firmemente conciliar. El nivel de pensamiento y de erudición, como de un profesional de la teología.

Más aún que la ponencia nos cautivó a los asistentes la fuerza expresiva del cardenal y su agilidad mental en el diálogo posterior. Se expresó con sus interlocutores en cinco idiomas diferentes, sin el menor alarde de suficiencia y con humilde cordialidad. Unido eso al calor de sus conversaciones en los pasillos, a la dignidad y fervor con que participaba en nuestras celebraciones litúrgicas, se acentuó en mí el sentimiento de admiración y cariño que de antes le profesaba. Dije al cardenal de Sevilla, a mi vuelta a nuestra diócesis: "He descubierto a un papable extraordinario." ¡Cuánto me alegró saber que Pablo VI le había encargado de darle a él mismo y a los prelados de la curia los ejercicios espirituales de 1976! Comprendí entonces que mi veneración por el cardenal polaco no era algo gratuito ni exclusivo. Hasta la muerte de Pablo VI yo creía a Wojtyła—y lo saben mis amigos—el papable más preparado del Suero Colegio.

COMPLETANDO ahora datos, con motivo de su elección, me agrada saber que trabajó con su padre extrayendo piedra y luego en una fábrica de sosa; que hizo su tesis doctoral sobre nuestro San Juan de la Cruz; que ha sido un apóstol de jóvenes universitarios y graduados; que arrastra una inquietud permanente por las condiciones del mundo del trabajo; que ha defendido firmemente en su país los derechos humanos fundamentales; que sobresale por su fe sencilla, su amor al pueblo y su devoción a María. Y todo eso, a lo largo de treinta años de experiencia pastoral en un país comunista. ¿Cómo no apostar por la esperanza en esta aurora de su servicio pontifical?

Antonio MONTERO
Obispo auxiliar de Sevilla

JUAN PABLO II DESDE ESTA LADERA

ME sirvo del mismo subtitulo de que Dámaso Alonso se sirvió una vez para sugerir que en el estudio de la poesía de San Juan de la Cruz no pretendía en forma alguna penetrar ni negar la iluminación sobrenatural del Santo, sino sólo entender las calidades poéticas y técnicas de su obra. Lo que yo no quiero interpretar, ni desconocer, y dejo al margen de estas líneas, es la luz que el Espíritu Santo derrama sobre el Colegio Cardenalicio, a un que, como cualquier cristiano, esté relativamente sorprendido de la capacidad de la Iglesia para sorprendernos.

Y digo relativamente sorprendido, porque hay que hacer justicia al corresponsal que hace un par de días remitía a una revista americana el posible nombre del cardenal Karol Wojtyla, entre otro búlgaro y un pakistaní, como posibles candidatos al pontificado, en ese mundo oscuro para los occidentales, que son América, Asia y los países del Este. El corresponsal lo anotaba como un nombre que recientemente había sido escuchado antes entre los posibles "papables", pero posible Papa por su edad, por su conocimiento de la lengua italiana y por haberse revelado como un notable líder en un ambiente hostil. En las propias páginas de YA se le

mencionaba como un cardenal cuya candidatura merecía ser atendida.

La sorpresa de Juan Pablo II ha sido sin duda menor que la que nos proporcionó la elección del cardenal Luciani. Pero "desde esta ladera" tiene connotaciones aún más sugestivas.

UN Papa no italiano. Aún más, un Papa de esa zona de la Iglesia del silencio en que el Evangelio se predica con el mismo riesgo y esfuerzo que se predicó entre los primeros cristianos. Por eso quizá, este Papa joven tiene, al menos en las fotografías, el perfil de un hombre acaso con diez años más de los que efectivamente ha vivido. Un Papa que revela una preocupación de la Iglesia por pasar de ese mundo de Occidente en que las disputas sobre la fe son a veces un brillante juego intelectual, a ese mundo en que ser cristiano es una carga, cuando menos, incómoda, y tantas veces peligrosa. "Desde esta ladera" la Iglesia, sin duda, va a emprender una gran aventura.

"DESDE esta ladera" han sin duda una cierta coherencia con el giro de la política romana desde que Juan XXIII, en su encíclica "Pacem in terris" distinguió entre las falsas doctrinas y los movimientos que se inspiran en

ellas, y la confesada política de Pablo VI de obtener un respiro para la Iglesia y los cristianos en los países comunistas, "salvando lo que pueda ser salvado". Desde ese punto de vista el país y el momento está bien escogido. Yugoslavia y Rumania se han aproximado al Vaticano y la misma Yugoslavia y Cuba tienen acreditada en Roma una representación diplomática a nivel de Embajada ante el Vaticano. En la misma Ucrania soviética se han podido nombrar obispos y administradores apostólicos y se ha conseguido ampliar el número de los escolares que se forman en los seminarios. Pero ha sido en Polonia donde el cardenal Wyszynski ha sabido defender, como el arzobispo de Cracovia, hoy electo al pontificado, con valor y habilidad, los derechos de los católicos en un mundo hostil, cuando no francamente persecutorio.

UN Papa polaco será al mismo tiempo un aliento para todos los católicos de ese mundo en que el cristianismo se desenvuelve en condiciones tan difíciles y una capacidad de entendimiento para ese mundo que difícilmente puede comprender un occidental. Y esperamos que la historia sabrá decirnos cómo se vio el problema "desde la otra ladera".

Luis SANCHEZ AGESTA

JUAN PABLO II

TENEMOS Papa: joven, no italiano, excluido un poco "a priori" de las listas de papables, es decir, con todos los elementos para la sorpresa.

También con todos los elementos para la alegría: pastor, que repite un nombre de sonrisa, y en el nombre, todo un programa.

Queda una vez más demostrada la independencia y la altura de miras de un Colegio Cardenalicio para el que la elección de un Papa no italiano no ha constituido el menor obstáculo: la Iglesia es desde el primer momento universal y su primer obispo fue un pescador judío y extranjero. Frente a los argumentos de prudencia que condicionaban la elección a las dificultades de la política italiana, la Iglesia ha decidido con el criterio de dar el primer lugar a las necesidades de la Iglesia.

Se habló sin demasiada insistencia de un Papa llamado desde el

Tercer Mundo. Olvidando que entre el primero y el tercero hay un segundo universo moral, social, humano. El Papa viene de ese mundo: de Polonia. Pocos hubieran pensado en un Papa del área comunista. Trae un conocimiento directo y profundo de una ideología que no se queda en los libros, sino que se practica en los pueblos; ha vivido la doble vertiente pastoral de la coexistencia y de la pugna, ni sólo de la una ni sólo de la otra. Si, como tantas veces y desde tantos sectores se apunta, el marxismo marca el punto de una decisiva encrucijada para el cristianismo, el Papa que sube a la altura desde donde ha de regir espiritualmente a setecientos millones de hombres está en las mejores condiciones para ver el fondo de los paisajes a los que conduce esa encrucijada. Sabemos que no será un Papa anticomunista, sino puramente un Papa a la altura de su tarea.

JUAN Pablo II no es, por origen, del Tercer Mundo; pero perteneciendo al primero y al segundo está en las mejores condiciones de ayudar al tercero. Comenzamos por comprender el origen y las razones de su tercera.

No hay duda de que el nuevo pontificado, que empieza en la sorpresa, enciende la esperanza. El catolicismo polaco se parece tanto al español, que si por Papa es ya español Juan Pablo II, el polaco es igual de español.

«SEMANA TEOLOGICA»

"EL INFLUJO DE LOS CRISTIANOS EN UNA SOCIEDAD DEMOCRATICA"

POR: D. MIGUEL BENZO MESTRE

Fecha: 13 - Abril - 1.978

La esencia misma de la concepción democrática consiste en el mu tuo respeto entre las diferentes opciones ideológicas y prácticas que necesariamente se dan en toda sociedad moderna. Ello no obsta, claro es, a que cada una de ellas se considere la más cierta y la mejor, y aspire a ser seguida por el mayor número posible de ciudadanos. Pero en el caso de las religiones, tal convencimiento y tal aspiración son mucho más imperiosas que en las creencias meramente temporales, ya que en ellas se plantea la búsqueda de lo Absoluto y el sentido de la eternidad. El cristiano, en concreto, profesa la verdad incondicionada de su fe, aunque admita la pluralidad de perspectivas teológicas, y la multiplicidad de aplicaciones concretas que de sus valores éticos permanentes puede hacerse para establecer cuál es la meta próxima a la que una sociedad determinada debiera encaminarse. El cristiano, por otra parte, considera que la aceptación de su fe por los demás hombres es un bien capital para ellos mismos. ¿Cómo hacer compatible la adhesión total a la Palabra de Dios y el deber de propagarla con el respeto a las otras formas de entender la vida?. Por otra parte, una sociedad democrática puede adoptar, por decisión mayoritaria de sus miembros, normas jurídicas que estén en contradicción con la ética cristiana: ¿cuál debe ser, en tal caso, la actitud del ciudadano creyente y, sobre todo, la actitud de aquellos cristianos a quienes pueda corresponder la aplicación de tales normas?.

1. LOS CRISTIANOS NO SON LOS PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA.

En estos últimos años se ha hablado mucho en los ambientes cristianos de "antitriunfalismo", sin que esta palabra haya tenido siempre una significación bien definida. Para mí, quiere decir precisamente -- que los cristianos hemos de aceptar, por doloroso que nos resulte, que ya no somos los protagonistas de la historia. El mundo no descansa sobre nuestros hombros. Hemos de convencernos de que pertenece a un pasado irrepetible la identificación medieval entre sociedad civil y cristiandad, en la que los judíos, piadosamente diezmados por los cristia-

nos cada pocos años, eran el mal tolerado escándalo; y los mahometanos, los infieles a combatir en las fronteras de la civilización. La historia es realizada por la humanidad entera, de la que los cristianos no somos sino una parte. El que el curso futuro de la evolución humana sea positivo o negativo no depende de nosotros más que parcialmente. Ciertamente que esta experiencia histórica de que el peso relativo del cristianismo en el mundo es cada vez menor, plantea un difícil problema teológico. - ¿Cómo acordar esta evidente comprobación con el concepto del Nuevo Testamento de Jesús como el Salvador del cosmos, como el Señor que ha de reinar sobre todos los poderes mundanos, para entregar luego su reino - al Padre?. Creo que la contracción social del cristianismo, si no es un fenómeno pasajero, va a plantear a la Iglesia un problema teológico de gravedad semejante al que planteó a la comunidad del primer siglo el retraso de la segunda venida de Jesús, que aquélla creía inminente.

2. ¿COMO DEBEN Y COMO NO DEBEN LOS CRISTIANOS DIFUNDIR SUS CREENCIAS EN LA SOCIEDAD?

Creo que hay que distinguir cuidadosamente tres estratos en el influjo de los cristianos en el mundo:

- la acción encaminada a difundir su fe y su ideal moral en sí mismos;
- el intento de establecer aquellas condiciones de vida que parecen más favorables a la difusión de esa fe y esos valores;
- y la contribución de los cristianos, movidos por el amor de Jesús, a ayudar a los demás hombres, tanto en el plano de las deficiencias individuales, como en el plano de la mejora de las estructuras sociales.

Por lo que respecta a la primera, la acción estrictamente evangelizadora, hay que subrayar ante todo que la difusión de un ideal religioso y ético tiene un carácter esencialmente distinto de la difusión de una ideología política y social. En esta segunda, lo que más importa es el resultado, es decir, el cambio de las estructuras colectivas, como consecuencia de que tal ideología sea aplicada al gobierno del país. Ciertamente que el pensamiento democrático mantiene que el mejor método político para lograr la evolución de una colectividad hacia formas más perfectas de convivencia es el de que esa evolución sea decidida por la mayoría de los ciudadanos, mediante la libre adhesión a un programa político públicamente propuesto y discutido. Pero incluso el pensamiento democrático admite dos elementos de coacción: el que la mayoría ejerce sobre la minoría, en cuanto aquélla impone la política a seguir; y el que la autoridad representante de la mayoría ejerce sobre los que se oponen violentamente al orden mayoritariamente elegido, mediante la aplicación de las sanciones jurídicas legalmente establecidas.

Por el contrario, el fin primordial de la difusión de un ideal ético y religioso es el cambio del individuo. Pero el individuo sólo -- cambia (sólo se convierte, como se dice en el lenguaje sacral) cuando libremente modifica la orientación de su voluntad; cuando libremente -- cambia su tabla de valores y su concepción del mundo; cuando libremente decide ser más fiel a la tabla de valores y a la concepción del mundo a la que libremente se adhirió. Ningún valor religioso ni moral se reali-

za logrando que los individuos se comporten externamente como si internamente hubieran aceptado una fe y una ética, que en su fuero interno no profesan, pero que aparentan profesar, bien sea por miedo a una censura social, bien sea con la esperanza de obtener algún beneficio. Más aún: - tampoco tiene validez religiosa ni ética el que un individuo crea profesar una fe y un ideal de vida simplemente porque son los vigentes en el grupo social a que pertenece, y le resulta más fácil autoconvencerse (a un nivel muy superficial de la conciencia, claro es) que él es como los demás, que piensa lo que todos, que tiene las mismas ideas, de lo que -- le sería someter a seria reflexión este modo de pensar y actuar de su -- grupo. Sólo la difícil adhesión profunda a una fe y a un ideal de vida, que no se impone como el único posible sino que podría ser rechazado, y que responde a una decisión libre y meditada, que no se hace de una vez para siempre, sino que ha de ser renovada ante las diversas experiencias y problemas que el decurso de la vida trae consigo, nos da acceso a un cristianismo auténtico.

Pero es precisamente esta evidente doctrina, que la fe y la actitud moral positiva sean tanto más auténticas cuanto más libre es su - aceptación, lo que un cierto tipo de integrismo, que se ha dado a lo -- largo de toda la historia de la Iglesia, se ha negado siempre a aceptar. Y es que tal integrismo es, en el fondo, más una actitud política que - una actitud religiosa. Lo que de verdad le importa es que la sociedad - esté sometida de hecho a la autoridad tecnocrática. Que tal sometimiento se deba a la convicción o al sólo temor a las penas jurídicas, le parece un asunto secundario. Recuerdo el estremecimiento que sentí cuando, en el pequeño pueblo de la sierra de Madrid de cuya parroquia estuve en cargado a raíz de mi ordenación sacerdotal, me contaron que el primer cura que tuvieron después de la guerra afirmó en uno de sus sermones: "An-tes mandábais vosotros, ahora mandamos nosotros. De modo que el que no venga a misa tendrá que entendedérselas con la guardia civil". Quien mejor ha pintado esa actitud integrista ha sido Dostoievski en su famoso poema del Gran Inquisidor. Aunque es texto concocidísimo, ilustra tan perfecta-mente lo que he querido explicar, que no me resisto a reproducir aquí un resumen.

Estamos en Sevilla, en el siglo XVI. Acaba de celebrarse un gran auto de fe, en el que han sido quemados cerca de cien herejes. De pronto, en medio de la multitud, aparece Jesús. El pueblo lo reconoce en el aspecto de su rostro. A su paso, la gente llora y cae de rodillas. Cura a un anciano ciego y resucita a una niña, ante el estupor y la conmoción de - todos. En aquel momento, delante de la catedral, aparece el gran inquisidor. Se detiene, contempla la escena y comprende instantáneamente lo que está ocurriendo. Entonces, ordena a la guardia que prenda a Jesús. Por la noche, el cardenal inquisidor se presenta en la cárcel. Y dice a Je-sús, que guarda silencio:

"¿Por qué has venido a estorbarnos?... Tu quieres irle al mundo, y le vas, con las manos desnudas, con una ofrenda de libertad, que ellos, en su simpleza y su innata cortedad de luces, ni imaginar pueden, que - les infunde horror y espanto..porque nunca, en absoluto, hubo para el hombre y para la sociedad humana nada más intolerable que la libertad. Y -- ves tú esas piedras en este árido y abrasado desierto?. Pues conviérte-las en pan, y detrás de tí correrá la humanidad como un rebaño agradeci-

da y dócil, aunque siempre temblando no sea que tú retires tu mano y se les acabe el pan. Porque tú no quisiste privar al hombre de su libertad, y rechazaste la proposición, porque, ¿qué libertad es ésa, pensaste, que se compra con pan?... Ninguna ciencia les dará el pan mientras continúen siendo libres, sino que acabarán por traer su libertad, y echarla a nuestros pies, y decirnos: Mejor será que nos impongais vuestro yugo, pero dadnos de comer. Comprenderán, por fín, que la libertad y el pan de la tierra, las dos cosas juntas para cada uno, son inconcebibles, porque -- nunca sabrán ellos repartírselas entre sí. Se convencerán así mismo de que tampoco pueden ser nunca libres, porque son apocados, viciosos, insignificantes y rebeldes... Nos admirarán y nos tendrán por dioses por habernos avenido, estando a la cabeza de ellos, a soportar la libertad que ellos temían y señorearlos... Pero nosotros decimos que somos siervos tuyos, y gobernamos en tu nombre. Volveremos a engañarlos, porque ya no te permitiremos que te nos acerques... Te digo que no hay para el hombre -- preocupación más grande que la de encontrar cuanto antes a quien entregar ese don de la libertad con que nace esta desgraciada criatura. Pero sólo se apodera de la libertad de las gentes el que tranquiliza su conciencia... Tú querías el libre amor del hombre para que, espontáneamente, te siguiera, seducido y cautivado por tí... Pero ¿es que no pensaste que acabaría rechazando y poniendo en tela de juicio tu propia imagen y tu verdad si los cargabas con peso tan terrible como la libertad de elección?... Existen tres fuerzas, sólo tres fuerzas en la tierra, capaces -- siempre de cautivar y dominar la conciencia de esos débiles rebeldes, para su felicidad: milagro, misterio y autoridad... ¿Qué importa que ahora, por todas partes, se rebele contra nuestro poder y se ufane de su rebelión?. Es la rebeldía de un niño y de un colegial... Pero el rebaño -- volverá a unirse, y otra vez se someterá, y ya para siempre. Entonces nosotros le proporcionaremos la felicidad mansa, apacible, de los seres -- apocados como ellos... Sí, nosotros les obligaremos a trabajar; pero en las horas de asueto ordenaremos su vida como un juego de chicos, con infantiles canciones, coros e inocentes bailes. ¡Oh!, les absolveremos de su pecados: son débiles y sin bríos, y nos amarán como niños por consentirles pecar. Les diremos que todo pecado será redimido si lo cometieron con nuestra venia; les permitiremos pecar porque los amamos; el castigo de tales pecados cargaremos con él... Y no tendrán secreto alguno para -- nosotros. Les consentiremos o les prohibiremos vivir con sus esposas o -- sus queridas, tener o no tener hijos -- todo contando con su obediencia -- y ellos se nos someterán con júbilo y alborozo. Los más penosos secretos de conciencia, todo, todo nos lo traerán y nosotros les absolveremos de todo, y ellos creerán en nuestra absolución con alegría, porque les librará de la gran preocupación y las terribles torturas actuales de la decisión personal y libre. Y todos serán dichosos, todos esos millones de criaturas. Excepto las cien mil que sobre ellos dominen. Porque sólo nosotros, los que guardaremos el secreto, sólo nosotros seremos infelices".

Parece mentira que, a estas alturas de la psicología y la pedagogía, haya aún quien crea que, obligando a los jóvenes a frecuentar las prácticas religiosas, se puede crear en ellos un hábito de religiosidad. Los actos religiosos no se insertan en la personalidad del sujeto más que si éste acepta libre y conscientemente su razón de ser doctrinal. No por hábito, sino por convencimiento. Más aún: si unas acciones religiosas se realizaran sólo como efecto de la compulsión producida por un hábito, y no, cada vez, por una decisión espontánea, carecerían por com-

pleto de valor.

Si resulta evidente que es absurdo intentar imponer la aceptación de la fe o del ideal cristiano de vida mediante cualquier tipo de coacción, cabe preguntarse si no podrán y deberán tratar de establecerse desde el poder en sus diversas formas (administración, capital, fuerzas armadas, propaganda, masas organizadas), cuando sean cristianos -- quienes lo detentan, condiciones de vida social que, indirectamente, favorezcan el desarrollo de la vida religiosa y moral. El problema es un tanto complejo, y conviene considerarlo desde varias perspectivas.

3. LAS CONDICIONES FAVORABLES PARA UNA VIDA RELIGIOSA Y MORAL.

Digamos, ante todo, que los sociólogos no parecen haber establecido una correlación entre el nivel de vida de una colectividad y el nivel de aceptación de un cristianismo auténtico, salvo en el caso extremo de la miseria económica y cultural (que empuja a la interpretación de lo religioso como un medio mágico para lograr bienes materiales) o de una sociedad con grandes diferencias entre las clases, en la que los poderosos se respaldan con el título de cristianos (que impulsan a las masas ya a una desesperación pasiva, ya a una actitud revolucionaria antirreligiosa, ya a no ver en el cristianismo sino solamente una mística de liberación política). De aquí, una primera razón para que los cristianos hayan de luchar contra las situaciones de miseria y de injusticia.

Pero, además de la desaparición de la pobreza extrema y de las desigualdades arbitrarias, hay otra condición muy importante para que exista un clima propicio a la vida religiosa: el que exista una libertad real (y no meramente formal) de que los grupos creyentes difundan sus -- convicciones. Ello supone, claro está, por parte de los miembros de tales grupos, un testimonio eficaz, de palabra y de conducta, de su fe, -- utilizando los medios de difusión necesarios en una sociedad moderna que, sin coaccionar en modo alguno a los ciudadanos, les permita adecuadamente su mensaje religioso.

Pero exige también, por parte de un Estado democrático, no sólo la salvaguardia de esa libertad de comunicación religiosa, sino su impulso y fomento. Un Estado democrático supone, en efecto, pluralidad de -- perspectivas políticas. Pero las concepciones políticas hunden sus raíces en la pluralidad cultural, de la que extraen sus jugos vitales. Una cultura monolítica produce fatalmente un Estado totalitario. Un Estado -- democrático debe, pues, favorecer aquellos movimientos culturales, filosóficos, morales, religiosos, capaces de enriquecer la multiplicidad intelectual y axiológica de la sociedad.

4. LA COOPERACION DE LOS CRISTIANOS AL BIEN COMUN.

Ahora bien, aunque la misión específica del cristiano sea la de transmitir el llamamiento divino a la fe y la conversión, Je-

sús convoca a los que creen en él a un amor incondicionado a todos los - hombres. Jesús no dice nunca que, a cambio de dar de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, de visitar al enfermo y al - preso, haya de exigirles que acepten la fe en El. El amor a los margina- dos, a los pecadores, a los enemigos, a todos los seres humanos en una - palabra, es una donación absolutamente gratuita, que no depende para na- da de la reacción del destinatario. Tal exigencia de ayuda al prójimo, - que Jesús enseñó en términos de relaciones interindividuales propios de la cultura de su tiempo, han de ser trasladados por los creyentes de -- nuestra época, que conocen, al menos parcialmente, las leyes y fuerzas - que rigen los fenómenos económicos, sociales y políticos, a la obligación de contribuir a la reforma de las estructuras colectivas hacia metas cada vez más justas, que eviten el hambre y la opresión no ya de un individuo, sino de millares o millones de ellos.

Pero en este plano de la ayuda al prójimo y de la reforma de -- las estructuras, lo único específicamente cristiano es la motivación in- terior que el cristiano tiene para entregarse a tal tarea, y no la tarea en sí misma (aunque la concepción cristiana del hombre excluya los pro- yectos de sociedad que no respetan la dignidad de la persona). El deber de ayudar al prójimo y de mejorar las estructuras sociales no es sólo pro- clamado por el cristianismo; otras muchas ideologías y éticas (más o me- nos influidas por él históricamente: ese es otro problema) también lo pro- claman. Ahora bien, como en el plano de la praxis política lo que cuentan son los planos concretos de transformación de la sociedad, y no las moti- vaciones íntimas que cada cual tiene para propugnar éste o aquél, ello ha ce, entre otras razones, difícil de mantener el concepto de partido confe- sional. Pues creyentes y no creyentes, partiendo de presupuestos distin- tos, pueden muy bien estar de acuerdo en un mismo programa político; mien- tras que, por el contrario, los creyentes pueden discrepar entre sí en -- cuanto a los pasos concretos que una sociedad determinada, en una cierta coyuntura histórica, puede y debe dar para aproximarse al ideal de una so- ciedad justa y libre.

5. LOS PARTIDOS POLITICOS "CRISTIANOS".

Tal juicio negativo sobre los partidos confesionales fue ya ro- tundamente propugnado, en fecha tan temprana como 1945, por el mayor de - los teólogos cristianos de este siglo, Karl Barth. Creo que es interesan- te recordar su pensamiento en este punto.

En su librito Comunidad cristiana y comunidad civil, y refiriéndo- se a los partidos "cristianos" que por aquél entonces acababan de consti- tuirse (el holandés, el Volkspartei suizo, el M.R.P. francés y la Unión - demócrata-cristiana alemana), Barth los rechaza por las siguientes razo- nes: admitir un "partido cristiano" sería volver a introducir, desde la - Iglesia, la funesta concepción del partido único; empujaría a quienes no quisieran incorporarse a dicho partido a definirse como no cristianos; -- presentaría a los cristianos como adversarios de las otras ideologías, -- cuando los cristianos no deben estar en contra de nadie, sino en favor de todos, del bien común; el mensaje cristiano no puede aplicarse directamen- te en forma de una política concreta, sino que debe, por el contrario, -- constituir una interpelación desconcertante para cualquier partido políti

co; un partido tiene que establecer alianzas con otros, tolerar abusos, hacer concesiones, ¿no obscurecería todo ello el testimonio cristiano y comprometería a la Iglesia?; el partido cristiano tendría que defender los intereses de la Iglesia, "lo cual es una lucha muy poco cristiana"; en las cuestiones políticas, los cristianos pueden coincidir con los que no lo son en idénticas soluciones; en realidad, los llamados "partidos cristianos" no se constituyen sobre el Evangelio, sino sobre ideologías y morales humanas. "Representada por un partido cristiano, la comunidad cristiana no puede ser para la comunidad civil la sal política que ésta necesita".

6. LA NEUTRALIDAD POLITICA DE LA IGLESIA.

Es necesario aludir ahora a un tema muy debatido: el de la neutralidad política de la Iglesia. En esta cuestión hay una cierta discrepancia entre la perspectiva teológica latinoamericana y la perspectiva teológica europea. Y es que, en Latinoamérica, la Iglesia es aún una fuerza social relativamente progresiva (aunque, según parece, cada vez en menor medida); mientras que, en Europa, se muestra predominantemente conservadora. Ello hace que, en Latinoamérica, los progresistas sean partidarios de la intervención de la Iglesia en política, y, en Europa, lo sean de la neutralidad; y hace también que, recíprocamente, la actitud de los conservadores sea la inversa en ambos continentes.

El que, como hemos visto, el que los cristianos como individuos tengan el imperioso deber (cada uno según sus posibilidades) de contribuir a la mejora de las estructuras económicas, sociales y políticas, ello no resuelve la cuestión de si la Iglesia puede y debe tomar postura en los debates políticos de nuestro tiempo o, por el contrario, mantenerse neutral. A esta pregunta es frecuente oír en bocas autorizadas, y en otras que lo son menos, un lugar común que no parece admitir réplica: la Iglesia no puede ser neutral en política, puesto que, por el mismo hecho de no intervenir en ella, ya está actuando en favor de la situación imperante. Pero tal supuesta evidencia supone una petición de principio. Del mismo modo podría afirmarse, por ejemplo, que la Iglesia favorece a los actuales campeones de los diversos deportes, puesto que no organiza equipos que se les opongan. Y no se diga que en este ámbito la Iglesia no está obligada a intervenir y en política sí, porque entonces se da por supuesto lo que se intentaba demostrar, que la Iglesia no puede ser neutral en política. - Todos, en efecto, somos neutrales en infinitos acontecimientos del mundo, puesto que no participamos en ellos. Y evidentemente, sólo se nos puede -- considerar responsables de las consecuencias negativas de algunos de ellos, si se prueba que teníamos el deber de intervenir.

En lo que ciertamente la Iglesia no puede ser neutral sin ser infiel a la enseñanza de Jesús, es en el plano de la ética política. En ese plano tiene el deber irrenunciable de proclamar los grandes valores cristianos que iluminan la convivencia humana: la promoción de los desheredados y marginados; el respeto a las minorías ideológicas, étnicas y regionales; la defensa de los derechos fundamentales de la persona. En el ámbito de la ética social, la Iglesia no tiene derecho a abstenerse.

También en este punto son dignas de recordarse las condiciones -

co; un partido tiene que establecer alianzas con otros, tolerar abusos, hacer concesiones, ¿no obscurecería todo ello el testimonio cristiano y comprometería a la Iglesia?; el partido cristiano tendría que defender los intereses de la Iglesia, "lo cual es una lucha muy poco cristiana"; en las cuestiones políticas, los cristianos pueden coincidir con los que no lo son en idénticas soluciones; en realidad, los llamados "partidos cristianos" no se constituyen sobre el Evangelio, sino sobre ideologías y morales humanas. "Representada por un partido cristiano, la comunidad cristiana no puede ser para la comunidad civil la sal política que ésta necesita".

6. LA NEUTRALIDAD POLITICA DE LA IGLESIA.

Es necesario aludir ahora a un tema muy debatido: el de la neutralidad política de la Iglesia. En esta cuestión hay una cierta discrepancia entre la perspectiva teológica latinoamericana y la perspectiva teológica europea. Y es que, en Latinoamérica, la Iglesia es aún una fuerza social relativamente progresiva (aunque, según parece, cada vez en menor medida); mientras que, en Europa, se muestra predominantemente conservadora. Ello hace que, en Latinoamérica, los progresistas sean partidarios de la intervención de la Iglesia en política, y, en Europa, lo sean de la neutralidad; y hace también que, recíprocamente, la actitud de los conservadores sea la inversa en ambos continentes.

El que, como hemos visto, el que los cristianos como individuos tengan el imperioso deber (cada uno según sus posibilidades) de contribuir a la mejora de las estructuras económicas, sociales y políticas, ello no resuelve la cuestión de si la Iglesia puede y debe tomar postura en los debates políticos de nuestro tiempo o, por el contrario, mantenerse neutral. A esta pregunta es frecuente oír en bocas autorizadas, y en otras que lo son menos, un lugar común que no parece admitir réplica: la Iglesia no puede ser neutral en política, puesto que, por el mismo hecho de no intervenir en ella, ya está actuando en favor de la situación imperante. Pero tal supuesta evidencia supone una petición de principio. Del mismo modo podría afirmarse, por ejemplo, que la Iglesia favorece a los actuales campeones de los diversos deportes, puesto que no organiza equipos que se les opongan. Y no se diga que en este ámbito la Iglesia no está obligada a intervenir y en política sí, porque entonces se da por supuesto lo que se intentaba demostrar, que la Iglesia no puede ser neutral en política. - Todos, en efecto, somos neutrales en infinitos acontecimientos del mundo, puesto que no participamos en ellos. Y evidentemente, sólo se nos puede -- considerar responsables de las consecuencias negativas de algunos de ellos, si se prueba que teníamos el deber de intervenir.

En lo que ciertamente la Iglesia no puede ser neutral sin ser infiel a la enseñanza de Jesús, es en el plano de la ética política. En ese plano tiene el deber irrenunciable de proclamar los grandes valores cristianos que iluminan la convivencia humana: la promoción de los desheredados y marginados; el respeto a las minorías ideológicas, étnicas y regionales; la defensa de los derechos fundamentales de la persona. En el ámbito de la ética social, la Iglesia no tiene derecho a abstenerse.

También en este punto son dignas de recordarse las condiciones -

Una dificultad metodológica se opone desde un principio a todo intento de esclarecer este tema, y es la actual multiplicidad de "cristianismos" y de "marxismos". No hay menores diferencias entre los cristianismos de Harnack, Barth, Bultmann, Bonhoeffer, Van Buren, Rahner o Boff, -- que entre los marxismos de Lenin, Lukacs, Althusser, Reich, Garaudy o Girardi. Por ello, la relación entre cristianismo y marxismo se ha de plantear o bien entre determinadas personas y grupos muy concretos; o bien entre proposiciones doctrinales que son generalmente consideradas como cristianas o como marxistas, independientemente de quienes las sustenten o no en un momento histórico dado. Este segundo será el camino que aquí seguiremos.

8. LA ESENCIA DEL MARXISMO.

En el limitado espacio de que disponemos, hemos de intentar el planteamiento de la cuestión decisiva desde el punto de vista doctrinal, sin entrar en los complicados recovecos de la praxis política. ¿Cuál es el corazón mismo de la concepción marxista del mundo?; ¿qué es, en último análisis, lo que la distingue de otros modos de entender la realidad?; -- ¿qué doctrina sigue siendo el punto de coincidencia de los diversos marxismos?; ¿cuál es la aportación fundamental del marxismo a la cultura moderna?. En la respuesta parecen estar de acuerdo los especialistas: la esencia del marxismo está en su afirmación de que la historia, es decir, el nacimiento y evolución de la comunidad humana, del individuo y de la cultura se explican en última instancia por la evolución de la economía (conjunto de las fuerzas, modos y relaciones de producción de los bienes materiales).

No es cierto, pues, como en estos últimos años se oye decir -- con frecuencia a quienes desean reducir al mínimo su profesión de fe marxista, que lo esencial del marxismo sea haber creado un nuevo método de análisis del acontecer histórico. Lo cierto es que el marxismo no tiene ningún método de análisis propio: lo que hace original su análisis no es el cómo se realiza, sino el punto de partida del que cree poder derivar toda la historia. Pero eso no es una toma de posición simplemente metodológica, sino una toma de posición filosófica.

De esa afirmación de "la última instancia económica" se siguen todos los restantes aspectos de la teoría marxista clásica: la explicación de las "superestructuras" (religión, moral, derecho...) a partir de la infraestructura económica; el "materialismo" en cuanto exclusión de la realidad de aquellas entidades transcendentales (Dios, la vida ultraterrena) -- que no podrían explicarse en última instancia por la economía; los continuos desajustes entre las relaciones de producción y las nuevas fuerzas productivas, con la consiguiente lucha de clases, como motor de los cambios sociales; la necesidad de la revolución y de la dictadura del proletariado para lograr la supresión de la propiedad privada y el monopolio de la plusvalía, estableciendo una sociedad sin clases y sin Estado...

¿Cuál puede ser la actitud de los cristianos ante la doctrina de que la evolución económica es la explicación última de todo cambio histórico y cultural?. Depende en gran medida, claro está, de la interpreta-

ción concreta y de la amplitud que se dé a tal doctrina. En cuanto a la amplitud, lo decisivo para el creyente es que la explicación económica se aplique o no al hecho religioso en general y al hecho cristiano en particular. Pues si sólo se utilizara para interpretar la realidad profana y algunos aspectos secundarios del cristianismo (como pueden ser determinados episodios de la historia de la Iglesia), el creyente como tal no se vería concernido. En cuanto a la interpretación, creo que cabe entender la "última instancia económica" fundamentalmente de tres modos: en sentido condicional, en sentido causal y en sentido simbólico.

9. LA INTERPRETACION CONDICIONAL.

La interpretación meramente condicional de la última instancia económica, es decir, el que la obtención de ciertos bienes materiales es condición necesaria para el desarrollo de toda vida psíquica y, por tanto, de cualquier actitud religiosa y moral, no es una afirmación marxista, sino un hecho obvio, conocido de todos. Si no existen las condiciones económicas que permitan a un recién nacido desarrollarse, no llegará a tener uso de razón ni, por consiguiente, a profesar ninguna concepción del mundo. Y si un adulto no está integrado en una estructura económica que le proporcione los bienes corporales indispensables para él y los suyos, salvo raras excepciones no podrá pensar en otra cosa que en sus agobiantes necesidades. Aunque, con frecuencia, los "ricos piadosos" hayan pretendido olvidar lo que dice el personaje de Brecht: "Los mandamientos celestiales no funcionan cuando la vida está tan cara". Lo específicamente marxista de esta interpretación sería el subrayar el residuo que la condición económica deja en el condicionado antropológico.

10. LA INTERPRETACION CAUSAL.

El modo causal de entender la última instancia económica va más lejos que el condicional. Para él, el mecanismo primero y básico que hizo surgir la especie humana de la animalidad y el que sigue poniendo en marcha el psiquismo de cada individuo es la relación económica con la naturaleza, para obtener de ella los bienes materiales necesarios. Pero una vez puesto en marcha este proceso, se manifiestan en la comunidad y el individuo humanos nuevas necesidades, tan reales como las primarias, que no se dirigen ya a bienes corporales, sino a bienes culturales. En el planteamiento de estas necesidades culturales queda siempre una huella de los factores económicos concretos que provocan su aparición, de tal modo que no es posible un conocimiento completo y científico de los hechos culturales sin una adecuada comprensión de los hechos económicos que subyacen a ellos. Pero las necesidades superestructurales y sus objetivos tienen validez propia, y se rigen por leyes específicas, que no son las de la infraestructura económica, sobre la que, a su vez, influyen y a la que modifican. Desde tal perspectiva, la necesidad del hombre de hallar una meta trascendente a su vida, su aspiración a un encuentro con lo Absoluto, sería una necesidad tan real como la necesidad de alimentarse, y su contenido, la divinidad, tan real como el alimento mismo. Ello no obstaría, claro es, a aceptar que las formas concretas que esa necesidad trascendente reviste a lo largo de la historia -- puedan estar accidentalmente influidas por las condiciones económicas vigentes en aquel momento y aquel lugar. No me parece que esta concepción causal de la última instancia económica sea incompatible con la fe cristiana.

11. LA INTERPRETACION SIMBOLICA.

Una forma mucho más restrictiva de entender la dependencia que la cultura tiene de la economía, que, por desgracia, parece ser la dominante en el marxismo popular (que es también el de muchos políticos marxistas) es la interpretación simbólica. Según ella, todos los hechos históricos y culturales no económicos, sólo serían símbolos, es decir, revestimientos puramente subjetivos de los hechos económicos. No tendrían, pues, ningún contenido último real que les fuera propio, sino que remitirían, - aunque fuera a través de muchas y complicadas mediaciones, a la única realidad objetiva, la de las fuerzas, los modos y las relaciones de producción de los bienes corporales. Ocurriría, pues, algo semejante a lo que, según el psicoanálisis, sucede con los sueños: que sólo son enmascaramientos de las pulsiones y conflictos psíquicos, único contenido real de los símbolos oníricos.

Un ejemplo significativo de esta interpretación simbólica nos la proporciona el historiador marxista del arte Nicos Hadjinicolaou. Su intento es el de explicar el estilo de cada pintor y de cada cuadro como un puro reflejo de su ideología política, dependiente, a su vez, de las condiciones económicas de la época. Para limitarnos a uno solo de sus análisis, Hadjinicolaou nos dice que Goya pintó el magnífico retrato de la marquesa de la Solana del Louvre utilizando para su traje sobrios tonos - en negro y gris, típicos de la aristocracia española de aquel tiempo, pero le puso en la cabeza un gran pompón rosa, para expresar plásticamente la ideología liberal de la retratada y del propio Goya. Si esta explicación pretende dar, como parece, la clave última del hecho estético nos encontraríamos con una interpretación simbólica totalitaria. Si una explicación de este tipo se aplica a los hechos religiosos y morales, resulta -- evidente que tal marxismo es inaceptable para un cristiano.

12. CONCLUSION

No podemos entrar aquí a analizar las consecuencias que cada una de las interpretaciones, condicional, causal y simbólica, de entender la dependencia en última instancia de la economía tienen sobre los otros aspectos del marxismo antes mencionados (teoría de las superestructuras, materialismo, lucha de clases, revolución, dictadura del proletariado, su presión de la propiedad privada, etc.). Baste con decir que, si se admiten en el hombre y en la comunidad, junto con las económicas, otras necesidades, igualmente irrenunciables, de bienes no económicos, pero reales y objetivos, no podrá plantearse como única meta de la lucha política la mejor solución a los problemas de la producción y distribución de los bienes materiales, sin tener en cuenta otros valores fundamentales para el hombre, como, por ejemplo, el de la libertad.

Resumiendo lo dicho, creo que un cristiano debe aceptar que el marxismo ha hecho una muy importante e irrenunciable aportación a la ciencia moderna: el descubrimiento de que la raíz última de muchos hechos históricos y culturales son los procesos económicos. Pero, al mismo tiempo, un cristiano no puede aceptar que la sola realidad irreductible a ninguna otra sea la económica. El que una cierta organización económica sea

condición necesaria para que el hombre subsista, no significa que todo -- cuanto hay en el hombre quede explicado, ni siquiera en última instancia, por la economía. El que el hombre haya surgido, en la evolución biológica, de la lucha del animal por obtener de la naturaleza los bienes corporales, no quiere decir que, a fin de cuentas, toda la cultura no sean sino formas más complejas de aquella lucha primigenia. El que, en fin, las más urgentes de las necesidades humanas sean las de la conservación del individuo y de la especie, no equivale a afirmar que tales necesidades sean las únicas ni las más profundas.

13. EL CRISTIANO ANTE DECISIONES DEMOCRATICAS INCOMPATIBLES CON SUS - CONVICCIONES.

Para terminar este rápido examen de algunos aspectos de la problemática que al cristiano le plantea la vida política, quiero aludir a la difícil cuestión de la actitud del creyente en una sociedad que, por procedimientos democráticos, estableciera normas jurídicas contrarias a su conciencia. Problema que, claro está, puede plantearse también en términos -- equivalentes a los no cristianos.

Hay que recordar, ante todo, que el verdadero pensamiento democrático no otorga a la opinión de la mayoría un valor epistemológico, no -- la entiende como oráculo de la verdad, sino que se limita a considerarla -- como el mejor, o menos malo, de los sistemas posibles para llegar a las decisiones políticas fundamentales. En modo alguno, pues, la fe en la democracia significa fe en la infalibilidad de las decisiones tomadas por la -- mayoría. Lo que sí significa, entre otras cosas, ser democrata es estar -- convencido de que el medio adecuado para modificar las decisiones mayoritarias que se consideren erróneas no es la revolución ni el golpe de Estado, sino la difusión sometida a controversia pública, de las ideas y valores -- que configuran el proyecto de sociedad que se cree mejor a largo y corto -- plazo.

Pero el conflicto de las decisiones legales de la mayoría, de una parte, y la conciencia cristiana, de otra, puede hacerse agudo en el -- caso de aquellos cristianos que, por la función que desempeñan en la sociedad, están obligados a aplicar normas jurídicas democráticamente establecidas que, según sus convicciones morales, son injustas. Para hacer más plástico el problema, imaginemos algunos casos concretos:

-el de un magistrado que, según la ley, debe conceder un divorcio, cuando en conciencia cree que la indisolubilidad matrimonial es un bien que debe ser respaldado coactivamente, no sólo por razones de fe cristiana, sino por motivos de ética social natural;

-el de un funcionario de Hacienda que tiene que exigir el pago de un impuesto que él considera no equitativo, porque viene a agravar la -- injusta distribución de la riqueza;

-el de un médico a quien la ley obligara a practicar un aborto que él juzga gravemente inmoral;

-el de un funcionario de seguridad a quien sus superiores orde

naran torturar a un detenido, aun en el supuesto de que tal orden no contradijera las leyes vigentes en esa sociedad concreta.

¿Todos los casos citados, y otros semejantes, han de ser medidos según el mismo rasero?. Me parece que, aún cuando las fronteras no -- sean meridianamente claras, tales conflictos entre la ley y la conciencia, pertenecen a dos clases muy distintas: unos provienen de la existencia de una estructura jurídica que el que ha de aplicarla no considera adecuada - al bien común (de ese tipo serían los casos del divorcio y el impuesto injusto); otros implican la conculcación directa e inmediata de derechos con sustanciales de la persona (en los casos del aborto y la tortura). Creo -- que, en la primera clase de conflictos, la acción del que aplica la ley no priva de ningún derecho humano natural a aquél a quien se le aplica. En -- efecto: ¿qué derecho humano quedaría conculcado en la sentencia disolutoria del matrimonio?; ¿puede, acaso, considerarse derecho fundamental de la persona el de un cónyuge a mantener la convivencia con el otro, cuando éste ha cesado de desearla?. En cuanto a los hijos, ciertamente tienen derecho a que sus padres los alimenten y los eduquen mientras no se valen por sí mismos; pero ¿tienen derecho a exigir que sus padres mantengan la convivencia marital?. Algo semejante ocurre con la exigencia del pago de un impuesto no equitativo: no parece que lesione el derecho del contribuyente a esos bienes concretos (salvo que le prive de los medios indispensables para llevar una existencia humana). Los que opinan que no debe existir divorcio civil, o los que defendemos que la distribución de la renta nacional - debe ser equitativa, se fundan, o nos fundamos, en la consideración de la estructura social más conveniente y justa para el bien común, no en la defensa de los derechos fundamentales de la persona. Opino, pues, que, en esta clase de conflictos entre la estructura jurídica general que una sociedad se ha dado a sí misma, y la estructura que un cristiano cree en conciencia que sería la mejor, dicho cristiano puede aplicar la norma establecida, quedando obligado, no obstante, a colaborar, según sus posibilidades, a promover la modificación de los correspondientes ordenamientos jurídicos.

Muy distinto es el caso del segundo tipo de conflictos, en los que se produce la privación inmediata y directa de derechos fundamentales de la persona: en los ejemplos citados, del derecho a la vida y a a la incolumidad psico-física. En tales conflictos, creo que a un cristiano no le es lícito obedecer a tales leyes u órdenes injustas, aún cuando su desobedencia le pueda acarrear las más graves sanciones. Considero, por ello, -- que toda sociedad democrática debiera admitir en su ordenamiento jurídico - el derecho a la "objeción de conciencia civil". por la que un ciudadano perteneciente a un grupo ideológico cuya ética le prohibiera realizar determinados actos admitidos e incluso impuestos por la ley, pudiera excusarse de realizarlos.

Soy consciente de que las reflexiones realizadas sobre los problemas que plantea a los cristianos su actitud ante la política ha sido apresurado e incompleto. Si entre los lectores hay quienes se sienten provocados a ahondar en el estudio de ellos, esta síntesis no habrá sido inútil.

Reflexión sobre un Texto Evangélico

"NO TENGAIS MIEDO A LOS QUE MATAN EL CUERPO, PERO NO PUEDEN MATAR EL ALMA", (SAN MATEO 10,24-23),

.... .

Esta recomendación que Jesús nos hace según la referencia de San Mateo es para mí inolvidable. A finales de julio de 1936 el propagandista y redactor político de El Debate, Agustín Solache vino a mi casa a darme ánimo -- cuando yo tenía muy poco, impresionado por el hecho de que día tras día los pelotones de ejecución sin sentencia previa me robaban un amigo para matarle en las afueras de Madrid. Agustín estaba ya deshauciado. El Debate no salía -- desde el 19 de ese mes trágico. Sus redactores andaban --como andabamos todos-- huídos. ¿Qué confianza podía tener en su suerte nuestro compañero de A.C. de P.? Le rogué que se escondiera porque era conocido como uno de los periodistas más entusiastas de Gil Robles y de Acción Popular. Agustín sonrió con su optimismo de siempre y me interrogó: ¿tú no sabes lo que dice San Mateo? ¿Qué? le pregunté. Pues esto: "No tengáis miedo a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma". No fui capaz de ningún comentario. Comprendí que mi gran -- amigo estaba preparado para el peor evento: el ser asesinado por aquellos feroces "incontrolados". Y, en efecto, cayó fusilado en Paracuellos de Jarama. Dió testimonio hasta el fin.

Señor: ahora no sólo tememos a los que matan el cuerpo sino que también rehuímos con miedo a los que pueden exigirnos algún sacrificio pecuniario. Tememos a los recaudadores del Fisco porque nos resistimos contra toda disminución de nuestro patrimonio por justificada que esté. Tenemos miedo de perder -- riqueza, influencia o poder. Estamos siempre dispuestos a recurrir a Tí con ora ciones, con actos litúrgicos para que nos conserves nuestra posición social y económica, nuestro buen vivir. Queremos tu ayuda para que nuestro patrimonio no decrezca, para que nuestra familia siga disfrutando un buen nivel de vida. Nos reunimos para estudiar los documentos pontificios y conciliares para interpretar la doctrina social de la Iglesia. Defendemos sí, la "Buena Nueva". Nos con fesamos cristianos. Pero, a la hora de la verdad, no nos gusta el sacrificio no ya de nuestra vida sino de una parte de nuestra riqueza. Señor que no temamos a los que no pueden matar el alma. Señor que ofrezcamos nuestros bienes para una comunicación cristiana de ellos. Señor que estemos dispuestos a todos los sacri ficios, incluso el de la vida por servirte.

J. L. de S. T.

*** **

*** LEIDO**

para vosotros *

(TRES LIBROS DE LA BAC POPULAR.- UN LIBRO EXCEPCIONAL DE BAC MINOR)

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA

por: Mieczyslaw Malinski.-

Buen libro de bolsillo para tenerlo sobre la mesilla de noche y para servirnos de compañero de viaje. Su autor, sacerdote, teólogo y, sobre todo, apóstol de la juventud nos ofrece en él 365 textos breves, a modo de píldoras espirituales, cuya inspiración se encuentra en las fuentes siempre vivas y continuamente fluyentes del evangelio. Son palabras de un buen psicólogo que nos conoce por dentro y sabe decirnos lo que a veces pensamos pero no acertamos a expresar. Para cada mes del año selecciona un conjunto de pensamientos relacionados con la vida de Jesús. Como muestra este pensamiento: "No te dejes engañar por los ejemplos de los cristianos oficiales, que dan culto a Dios con limosnas abundantes luciendo su poder, destacando su posición, que van a la iglesia a comulgar todos los domingos. ¿Estás seguro de que creen?".

No te dejes engañar por lo que afirman que no creen ni en Dios ni en la protección de la Madre de Dios, que no van a la iglesia ni acuden a los santos sacramentos; pero que, al mismo tiempo, se esfuerzan por vivir honradamente. No te dejes engañar. ¿Te atreverías a afirmar que no creen?".

&&*&*&*&*&

MISION DE LA MUJER EN LA IGLESIA

por: Card. J. Ratzinger y otros.-

Recoge la BAC en este libro un conjunto muy seleccionado de comentarios de destacados especialistas, cardenales, arzobispos, obispos y teólogos a la

declaración "inter insigniores" de la sagrada congregación hecha pública el - 27 de enero de 1977 que aporta por orden del Papa Pablo VI y como eco de sus variadas intervenciones en estos dos últimos años, la voz del Magisterio a la intensa controversia que ha venido debatiéndose, durante diez años al menos, sobre la posibilidad de otorgar la ordenación sacerdotal a la mujer.

La respuesta negativa del magisterio a la controversia expresada ha pro- ducido dolor, sobre todo entre aquellas mujeres que iban a ver frustrada su esperanza. El problema ha saltado de la teología a la sociedad misma al apa- recer ligado a las ideas y movimientos en favor de la promoción de la mujer. Pero a veces puede resultar la promoción de la mujer más comprometida que fa- vorecida por igualitarismo. Los estudios de altas personalidades católicas pu- blicados por L'Osservatore Romano y reunidos en este libro constituyen una -- profundización valiosísima de este tema.

De las enseñanzas de la Inter insigniores y de los estudios incluídos en el presente volumen se desprende la convicción de que, según señala monseñor Bernardin, el problema de la ordenación de la mujer está demasiado vinculado a un conjunto de contenidos esenciales, para que pueda resolverse en el cuadro de un pluralismo entre las Iglesias cristianas.

~~*~*~*~*~*~*

LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA

por: Jean Beyer.-

La revisión del Código de Derecho Canónico -ordenada por Juan XXIII e - impulsada enérgicamente por Pablo VI- ha originado una reflexión intensa y - renovadora en torno a los institutos de vida consagrada. El nuevo derecho se halla todavía en fase de proyecto. Tal vez su estudio suscite enmiendas que puedan mejorar el texto elaborado. Pero un comentario de persona tan especia- lizada en la materia como el jesuita Beyer constituye aportación útil y ayuda muy considerablemente para juzgar la reforma proyectada y, al publicarlo, la BAC presta un gran servicio a sus lectores.

~~*~*~*~*~*~*

ILUSTRISIMOS SEÑORES - CARTAS DEL PATRIARCA DE VENECIA

por: Albino Luciani.-

Albino Luciani pudo decir como Terencio: Nada humano me es ajeno. Pero el Patriarca de Venecia -más tarde, durante 32 días Papa Juan Pablo I- se preocu- paba por todos los problemas humanos para iluminarlos proyectando sobre ellos la luz del Evangelio y coadyuvar a su cristiana solución. Siente preocupación -

por todos los hombres porque a todos contempla como a hermanos, jamás como a enemigos y para todos tiene una palabra de verdad, de comprensión y de ayuda. Se dirige a Santos, a reyes, a intelectuales, a políticos, a personajes reales a personajes ficticios. Defiende a obreros, a empresarios, a estudiantes, a jóvenes casaderas. A todos los considera ligados por la común paternidad. Y para todos tiene la enseñanza oportuna, el comentario certero, el consejo prudente.

El Cardenal Luciani enseña deleitando gracias a la maravillosa gracia de su estilo ágil, etéreo y, a la vez, lleno de sabiduría y de profundidad teológica y humanística. Toca sugestivamente los más diversos temas: desde la fe a la educación, desde la santidad a la cultura, desde el sexo al matrimonio, - desde el turismo a la ascesis. Y siempre con amenidad pero también con provecho para las almas, con optimismo para elevar los corazones, con indulgencia - para reprender a los que yerran, con caridad, con amor para todos.

Ha sido un gran acierto de la B.A.C. publicar esta joya literaria que es un precioso legado dejado a la humanidad por el Papa Juan Pablo I que un día suscitó la ilusión del Pueblo de Dios y cuyo recuerdo perdura en los corazones de todos los hombres de buena voluntad. No es extraño que las sucesivas ediciones de este libro se agoten rápidamente. Para los propagandistas es un verdadero tesoro.

J. L. de S. T.

&&*&*&*&*&*&*

VIDA ASOCIATIVA

CENTRO DE MURCIA

A la edad de 86 años ha fallecido en Murcia el propagandista José Ballester que hasta el año 1959 fue Director del prestigioso Diario murciano "LA VERDAD". Era muy apreciado en los círculos católicos y en los medios periodísticos e intelectuales de dicha ciudad, y su muerte ha sido muy sentida por todos sus paisanos y por los propagandistas de toda España que tuvieron ocasión de conocerle. Expresamos a sus familiares nuestra condolencia.

Descanse en paz el veterano propagandista.

- - - - -

Organizado por la A.C. de P., está celebrándose en Murcia con gran asistencia de público un Ciclo de Charlas sobre Matrimonio y Familia a cargo de ilustres especialistas en la materia.

- - - - -

CENTRO DE MADRID

Nuestro compañero Ernesto La Orden Miracle, Embajador de España, ha sido nombrado Director de Relaciones con la Santa Sede.

Nuestra más cordial enhorabuena.

- - - - -

CONSEJO NACIONAL DE LA A.C. DE P.

El Consejo Nacional de la Asociación, en su reunión del 21 de Octubre último, acordó que constase en acta su participación en el júbilo de la Iglesia por el nombramiento del nuevo Papa Juan Pablo II.

Se aprobó, asimismo, la propuesta del Consejero Teófilo - González-Vila de organizar un ciclo de conferencias sobre temas - suscitados por el nuevo Pontificado.

Se acordó también tomar la iniciativa en España de promover la constitución de Organizaciones de Laicos a cuyo efecto el Consiliario nacional don Miguel Benzo propuso tres grandes temas:

- A) Misión del seglar en el mundo temporal.
- B) Misión del seglar el mundo eclesial.
- C) Concrección de estos problemas a España.

Finalmente José Giménez Millado, Director General del - C.E.U., comentó la posible incidencia de la futura Ley de autonomía universitaria en los Colegios universitarios del C.E.U.

* * * * *

